

LIBROS

Pasión de muerte

Coincidiendo con el bicentenario de su suicidio, Acantilado publica los 'Relatos completos' de Heinrich von Kleist

RELATOS COMPLETOS

Heinrich von Kleist. Traducción de Roberto Bravo de la Varga. Acantilado, Barcelona, 2011. 344 páginas, 25 euros

Ignacio F. Garmendia



“Las tres épicas figuras de Hölderlin, Kleist y Nietzsche tienen extrañas afinidades en los destinos de su existencia. Los tres, arrancados de su propio ser por

una fuerza poderosísima y en cierto modo ultramundana, son arrojados a un calamitoso torbellino de pasión. Los tres terminan prematuramente su vida, con el espíritu destrozado y un mortal envenenamiento en los sentidos. Los tres terminan en la locura o en el suicidio”. Son palabras de Stefan Zweig, que hermanó a estos tres gigantes de la cultura alemana en una de las obras que conforman su *Tipología del espíritu*, reveladoramente titulada *La lucha contra el demonio* (Acantilado, 1999). No hay verdadero arte, aclara el escritor vienés, que no sea demoníaco, esto es, que no proceda de una instancia que se encuentra más allá del ámbito terrenal, de acuerdo con una cosmovisión inequívocamente romántica –pero también anclada en el mundo clásico: la inspiración llega de afuera– que no le resulta ajena a ninguno de los formidables integrantes de la trilogía. Frente a Goethe, dice Zweig, los tres aspiraron no a la perfección, que es un terreno delimitado, sino a la inmensidad, que es infinita.

Para el lector en castellano, tal vez sea Heinrich Wilhelm von Kleist el menos conocido de los tres “esclavos del demonio”, a pesar del alto lugar que ocupa en la literatura alemana de la época romántica y en la de todas las épocas. Nacido en la década prodigiosa del *Sturm und Drang*, cuando cientos de jóvenes se quitaban la vida si-



Retrato de Heinrich von Kleist (Fráncfort del Óder, 1777 - Berlín, 1811).

guiendo el dudoso ejemplo del desdichado Werther, Kleist pertenecía a una familia de la vieja casta militar prusiana e hizo la guerra contra las tropas napoleónicas, aunque luego dejaría el ejército. Tenía cara de niño y vivió pocos años, atormentado por la búsqueda de lo Absoluto. Estudió Derecho y Filosofía, viajó por Europa y colaboró en periódicos y revistas, pero ni sus dramas lograron el éxito ni su carrera literaria mereció la atención de sus contemporáneos. Es fama que se suicidó, junto a su amiga Adolfine *Henriette Vogel*, a orillas del lago Wannsee. Ella estaba gravemente enferma y Kleist, abandonado por todos, acababa de presenciar el fracaso de su última tragedia, *El príncipe de Homburg* (1811), pero las razones últi-

mas de la decisión –aunque no cabe ninguna duda sobre su “pasión de muerte”– siguen siendo un misterio. Para Zweig, esa muerte formaba parte indisoluble de su destino: “Sin su caída no se ve la forma completa de su existencia, así como no hay parábola sin la caída brusca de la línea”.

Disponíamos en castellano de ediciones recientes de las narraciones de Kleist –*Michael Kohlhaas*, que muchos leímos en los Cuadernos de Bitácora de Destino, ha sido reeditada por Nórdica (2006) y Alba (2007), y existen buenas versiones de *El terremoto de Chile* (Atalanta, 2008) o *Santa Cecilia o el poder de la música* (Alpha Decay, 2009)– y de recopilaciones como *La marquesa de O y otros cuentos*, preparada por Carmen Bravo Villa-

sante para Alianza (primera edición de 1969), el volumen homónimo traducido por José Rafael Fernández Arias para Valdemar (2007) o las *Narraciones* publicadas por Cátedra (1999) en edición de Ana López y traducción de Yolanda Mateos. Todas las colecciones comparten índice, porque el también dramaturgo y poeta –además de ensayista, véase *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte y filosofía* (Hiperión, 1988)– no escribió más que dos novelas cortas y seis relatos, pero la impecable edición de Acantilado –que incluye, como la de Valdemar, *Michael Kohlhaas*– se ofrece en una nueva versión de Roberto Bravo de la Varga que ve la luz el año en que se celebra el segundo centenario de la muerte del autor.

“Ninguno de los tres tiene mujer ni hijos (...) hogar ni propiedades, ninguno tiene una profesión fija o un empleo duradero. Son nómadas por naturaleza, eternos vagabundos, externos a todo, extraños, menospreciados, y su existencia es completamente anónima”, proseguía Zweig en el ensayo arriba mencionado. En efecto, Kleist no fue reconocido en vida y hubo de esperar largo tiempo, hasta el siglo XX en que su obra fue reivindicada por los expresionistas –aunque ya en el XIX fue invocado como uno de los precursores del nacionalismo alemán–, para que su nombre fuera incluido en la más selecta nómina del Romanticismo del que hoy es considerado uno de sus representantes incuestionables. Sus relatos contienen escenas violentas y una veta demoníaca que resulta especialmente inquietante al estar enmarcada en una visión sombría y nada consoladora del mundo, que para Kleist no es más que un confuso desastre ingobernable. Pero a pesar de sus “hipertrofias sentimentales”, como las llama Zweig, el autor de *El duelo* es un narrador de genio y sus relatos han resistido el paso del tiempo mucho mejor que los de la mayoría de sus contemporáneos. El perseguido, el inescrutable, el peregrino sin rumbo, el hombre permanentemente asomado al abismo... Todo en la personalidad de Kleist es enigmático. Su obra, sin embargo, ardiente y desmesurada en los dramas, sobria y contenida en los relatos, nos habla de un gran artista al que la literatura ha redimido para siempre.

Eva sin manzana

ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

José María Eça de Queirós. Periférica, Cáceres, 2011. Traducción de Juan Sebastián Cárdenas. 80 páginas, 11,50 euros

M. G. González



Adán y Eva en el Paraíso se publica en 1897, el mismo año que el *Drácula* de Stoker, y sólo tres años antes que *La interpretación de los sueños*.

Quiere esto decir que las violentas fuerzas de la naturaleza, benéficas o no, eran ya un lugar común de la literatura bien entrado el XIX, y que gran parte del Romanticismo se adentró en las espesuras naturales, en los precipicios sin nombre, buscando no sólo el terror, sino una libertad primera. Kant llamó a esto, en los amenes del XVIII, “lo sublime terrorífico”, y bajo ese hermoso rubro se conciben tanto el *Cain* de Byron como la pintura toda de Kaspar Friedrich. Queirós, sin embargo, es más moderno: ha prescindido ya del halo trágico de sus mayores y acude al humor para revisar los viejos mitos judeo-cristianos. De resultados de ese espíritu burlesco nace la singular obra que hoy comentamos. Una obra donde Adán y Eva, trémulos y exhaustos, atraviesan, no el Paraíso prometido en el drama del *Génesis*, sino la fronda hostil del Paleolítico.

También Espronceda y Twain navegaron esta agua levítica del imaginario europeo. No obstante, es Spinoza el primero en leer *La Biblia* como historiador y no como teólogo. Así pues, podemos datar en Ámsterdam, y en 1670, donde *La Biblia* se desliza desde la intemporalidad del mito a la arenosa fugacidad de lo profano. De aquella inaugural lectura científica de los textos sagrados viene toda la tropa subversiva que escandalizó el XIX. También ocurre así en esta espléndida acuarela de Queirós, donde el Paraíso fulgura con sus luces primeras.

Camisas tricolores

TRIFULCA A LA VISTA

Nancy Mitford. Traducción de Patricia Antón. Asteroide, Barcelona, 2011. 264 páginas, 18,95 euros

I. F. G.

Hay una galaxia Waugh, como existe una galaxia Woolf, y en ella se inscribe, al margen de sus hermanas, la maravillosa Nancy Mitford. Si los escritores de Bloomsbury eran progresistas y

de ideas avanzadas, los no menos selectos integrantes de la *Bright Young People* se acogieron, por lo general, al imaginario conservador, aunque compartían con sus antecesores una cierta heterodoxia, el cultivo de la ironía y la inclinación por la vida mundana. Las novelas más celebradas de Mitford, dadas a conocer en España por Libros del Asteroide, se cuentan a partir del éxito de *A la caza del amor*

(1945), pero la mayor de las hijas de lord Redesdale había publicado otras cuatro en la década de los 30. La tercera de ellas –*Wigs on the Green*, 1935– es una deliciosa sátira del fascismo que no volvió a publicarse en Gran Bretaña hasta 2010 y aparece ahora, con el mismo estupefando prólogo de Charlotte Mosley, por primera vez en castellano.



Fue la propia autora la que se

negó a que la novela fuera reeditada en la posguerra, debido a las simpatías políticas de dos de sus hermanas –Unity, fatalmente enamorada de Hitler, y Diana, que se casó en segundas nupcias con el líder (Oswald Mosley) de la Unión Británica de Fascistas, caricaturizados por Nancy como los “camisas tricolores”– y también, o sobre todo, a que habían ocurrido “demasiadas cosas para que los chistes de nazis puedan considerarse divertidos”. Pese a la íntima amistad que mantuvieron, la ligereza de Mitford es menos corrosiva que

la de Waugh –que no provenía de la aristocracia– y tiene más que ver con la de otro gran retratista de las clases altas, el inefable Wodehouse. Tal vez por esta razón, y porque la propia novelista no se había mostrado completamente indiferente a la seducción del Reich o, en fin, porque a las alturas del 35 aún no podían calibrarse todas las implicaciones de la barbarie nazi, Nancy sugiere con lucidez y buen humor lo que en el fascismo había de fatua bravuconada, pero no llega a anticipar, sin embargo, su reverso más siniestro.